

24 DE NOVIEMBRE DE 1879.

Madrid.

En el tren.

Ayer, de vuelta de una expedición de caza, llegué a la estación del Escorial a tiempo de poder tomar el expreso.

Una vez instalado en el coche, mi primera ocupación fué preguntar a uno de los viajeros, amigo mío, qué novedades ocurrían por Madrid, del cual había salido yo hacia tres días.

—Sabrá Vd., me contestó, que ha muerto la duquesa de Montijo...

—Es una gran pérdida para la sociedad madrileña. Fué una señora de gran espíritu, de corazón bondadoso y de caritativos sentimientos. Era una de las pocas damas españolas que sabían reunir en su casa la flor de la nobleza, de la política, de la burocracia y de la literatura, y formar lo que en Francia se llama *salon*. Había sobrevivido a su época y se encontraba en nuestra sociedad como la última ruina que resiste al tiempo entre las ruinas.

—Y la emperatriz?

—La emperatriz no ha podido llegar a recoger su último suspiro... Viene en este mismo tren.

—He visto, en efecto, un coche-salon.

—Sí, ha pedido permiso al gobierno de la república francesa para atravesar el territorio de su antiguo imperio y sólo llegará para arrojarse, llorar y rezar ante un cadáver.

—¡Ah! señores, dijo otro viajero interviniendo en la conversación, ¡qué triste viaje! ¡Vida de un emperador todo poderoso; madre sin hijo, atraviesa el reino perdido para siempre, y vuelve al país de la juventud lleno de recuerdos, que todos son dolores. ¡Todo lo ha perdido, juventud, reino, esposo, hijo, madre, todo, hasta la esperanza! ¡Solo le queda el respeto que las almas generosas tributan siempre a la majestad caída!

—Le ha merecido siempre—exclamó un viajero que hasta entonces había permanecido silencioso y que en su acento demostraba ser francés...—Yo soy republicano y debo hacerle esta justicia. No ha necesitado pertenecer a una dinastía para ser una verdadera reina. Lo por su belleza, por su graciosa distinción, por cierto augusto sentimiento, propio de la élite castellana y por la conciencia de lo que ella exigía su posición. Se consagró a obtener el amor de la Francia y obtuvo al menos su consideración y su gratitud. Su primer acto popular fué antes de su matrimonio. El ayuntamiento de París votó una enorme suma para hacerle un regalo de boda, y ella suplicó al Ayuntamiento que esa cantidad se invirtiese en fundar un hospital para niños pobres enfermos... El hospital de Santa Eugénia que existe en París.

—Sin embargo, su influencia en la política del imperio ha contribuido tal vez...

—Su influencia ha sido grande, como lo es siempre la de las reinas sobre los reyes. Pero no son Vds. los españoles los que pueden criticarla. Sus sentimientos religiosos, naturales en una mujer, impolíticos, quizás, en una emperatriz, la hicieron favorecer siempre el poder temporal del Papa y sospechosos a los partidos liberales de Francia... Ha nacido en España y es, por lo tanto, eminentemente católica.

—Ha demostrado ser además—dijo yo—mucho de un gran corazón en los momentos críticos: si en la corte pudo dar oídos a las lisonjas generales de salon, incapaces de contrarrestar en el combate a Molke, fué acaso el único pecho imperialista que se sintió vencido, pero que no se rindió jamás...

—Es verdad—repuso el francés—cuando la noticia de las derrotas sufridas por el ejército imperial llegó a París, y se temió que los prusianos pudieran intentar poner sitio a la gran ciudad, ella prometió montar a caballo y ponerse al frente de las tropas... como Juana de Arco.—Y lo hubiera cumplido. Ella fué la que instada entonces por los cortesanos a que escribiese al emperador para que regresase a París y reuniese allí todos los elementos de defensa, les contestó...—Escribirle ¿a qué? Después de tantas desgracias sólo le queda un partido que tomar: ponerse al frente de un regimiento y morir!—¡Ah! ¡si la emperatriz hubiese estado en Sedan!

—Permitidme—dijo uno de los viajeros—que exprese la satisfacción que me producen esas palabras, tratándose de una española.

—Las españolas, en efecto, añadió el francés, parecen haber nacido para reinas. La emperatriz tenía además el valor moral con que se conquistaban los corazones... En las epidemias se veía siempre en los hospitales insensible al temor de la muerte.

—La suerte fué muy cruel con ella. Es cruel dar a una mujer bella y noble el imperio de una gran nación, para arrancárselo después junto con las prendas más queridas de su alma, exclamé yo.

—Esa es, replicó el republicano, la catástrofe obligada del poema de la ambición. Las mujeres se casan por amor; pero reinan es para las mujeres como un deber. Ellas vacilan en entregar su mano a un hombre; jamás dudan en subir a un trono.

—¿Puede ser censurable—dijo yo—esa noble ambición? ¿Ser reina no es tan sólo rodearse de esplendor y riqueza; de cortesanos que delectan el oído con frases celestiales; del homenaje ciego de los pueblos y del coro fastuoso de las naciones, es alzarse hasta la cumbre desde la cual se puede recompensar el talento, hacer hombres y pueblos felices?

—En esto sentimos que el tren moderaba la rapidez de su marcha Entráramos en la estación de Madrid.

—Todos nos apresuramos a recoger nuestros bultos y objetos de viaje, con igual propósito: el de bajar a tiempo de ver a la emperatriz. El rostro de una persona venturosa no suele excitar por su alegría la curiosidad del hombre, pero sentimos, sin saber por qué, una viva, una irresistible curiosidad de ver los semblantes del dolor.

El Rey esperaba ya. Se adelantó a recibirla.

Ella bajó, y sin pronunciar una palabra, tomó su brazo y partieron. La comitiva formó un semicírculo y les siguió. Todo esto sucedió en un momento; silenciosa y automáticamente.

Los viajeros recién llegados y los curiosos que esperaban en el andén, pudieron satisfacer su curiosidad sólo a medias.

Vieron una figura vestida de telas de luto y cubierta la faz con un velo tan espeso que no dejaba traslucir fación alguna, ni menos la expresión del semblante.

Nos representamos siempre a las emperatrices como mujeres deslumbradoras, y nunca tal como ayer veíamos a la de Francia, de negro como la mas humilde de las viudas; cubierta como una urna cineraria.

Parecía una sombra, sí; pero una sombra que tenía no se qué de extraño y elocuente; como la sombra de un cuerpo que ha desaparecido; como la sombra que se elegante figura en otro tiempo proyectaba sobre las arenosas calles de Fontainebleau y de Compiègne al espléndido sol de la felicidad!

—No se la ve la cara, me dijo una mujer; pero muy triste debe ir porque yo, ya Vd. vé—añadió llorando—solo de verla, sin saber por qué, me he puesto triste.

Tenia razón. El dolor, como los perfumes, se difunde en la atmósfera y se respira: no es preciso verle.

—Cuando la emperatriz pasó por delante del francés, compañero mío de viaje, el francés se descubrió respetuosamente y noté que estaba profundamente conmovido.

—En este momento—le dije—estoy seguro de que es Vd. imperialista.

—Casi creo que tiene Vd. razón. ¡Cuán grande es el prestigio del trono que nos hace compadecer las desgracias de los reyes como si fuesen de mortales superiores a nosotros! Comprendo, pues, que perder un trono y la esperanza de restaurarle sea el mas profundo, el mas imponderable de los dolores!

Al darnos un apretón de manos, pasó junto a nosotros un sencillo landó, con los colores del duque de Alba.

—¡Ah! vá la viuda del emperador!... exclamé. Y el francés, saludando, repuso: —¡La viuda del Imperio!

Un lunático.

## La puerta verde.

Hacia mas de una hora que el segundo ómnibus había salido de los baños de Sobron completamente lleno, para la estación de Miranda de Ebro, cuando después de dirigir la última palabra de despedida a los que se quedaban en el establecimiento y una última mirada a los árboles y montañas de aquellas agrestes soledades, ocupé el cuarto asiento de una berlina, el mayoral se trabó de palabras y latigazos con las mulas, y el coche comenzó a rodar por el tortuoso camino abierto en las rocas desde el fondo del angosto valle, donde brotan los manantiales bicarbonatados, hasta la altura en que desviándose hacia la izquierda la dirección de las montañas, se penetra en la alegre pero pobre campiña que cultivan en la margen alavés del río. Estábamos ya a 30 de agosto, y, sin embargo, el calor era mucho.

Mis compañeros de berlina eran una monja dominica de Medina del Campo, un sacerdote, hermano de la monja, y otro clérigo, familiar del obispo de Alava. Durante la hora y media que tardamos en llegar a la estación de Miranda, el hermano de la monja habló mucho, el familiar del obispo bastante, yo poco, la monja nada.

Después de almorzar en la fonda de Guinea, reina de las fondas de nuestras líneas férreas, para no aburrirme esperando el tren-correo de Francia, tomé el camino que va a parar a la calle principal de la villa. Había ya cruzado una gran parte de esta sin que solicitase mi atención nada de lo que veía, cuando inesperadamente, en una de las curvas formadas por la calle, a mi derecha, y a pocos pasos de distancia, atrajo mis miradas, hasta entonces errabundas, el hermoso ábside de un templo románico, tan digno de alabanza como olvidado de los arqueólogos y maltratado por las injurias del tiempo y de los hombres. Era la iglesia parroquial de San Nicolás. En aquel mismo instante recordé que a las ocho de la noche pasaba por la estación el expreso para Madrid, y abandoné la idea de tomar el tren-correo que debía llegar a las dos de la tarde. Mucho tiempo estuve contemplando el mutilado monumento, que en cada piedra acusaba una profanación artística. Cuando hubo reconstruido en mi mente lo que del ábside ya no existía, y mas de una tercera parte que se hallan ocultos por una pared, prolongación del muro de la sacristía de la iglesia, continué examinando el resto de la fábrica, cada vez mas satisfecho de mi paseo a Miranda, y mas apenado de la indiferencia con que no solo dejamos que se destruyera, sino que ayudamos siempre a destruir muchas cosas que debiéramos tener a honra conservar. La portada del templo, entre filetes y una ancha imposta, agredrezada a la izquierda, y a la derecha con labores de cordones y flores puntiagudas, ruda y groseramente abiertas en la piedra, luce archivoltas ojivales y bizantinos capiteles. La planta interior del ábside está formada por cinco ochavas: las tres centrales casi desaparecen detrás del retablo de madera del altar mayor; y tanto estas como las restantes, han sido embadurnadas con una capa de cal. El deseo de tomar detenidos apuntes de la iglesia crecía tan vehementemente en mí, que volví a la estación del ferro-carril, hice trasladar mi equipaje a Miranda y me alojé en una casa de esquina, frontera a San Nicolás, desde donde por una ventana podía ver a mi sabor el ábside, y por un balcón de la fachada principal, a través de la férrea verja del pórtico, los primores de la portada.

Trazaba yo en mi cartera de bolsillo líneas y garabatos con que intentaba copiar los mascarones de algunos modillones del ábside, y a mi lado, colgándose a mis piernas y diciéndome algo que yo no entendía, alborotaba un niño como de tres años, conociendo sin duda en mi cara que los ciudadanos de su edad tienen conmigo carta blanca para todo, y que la tarea

mas grave é importante es poca cosa para que yo no les prodigue sonrisas y besos. La madre del niño casi alborotaba mas que él, llamándole y diciéndole que no me molestase. Todo inútil: el pequeño se hacia el sordo con la mayor frecuencia del mundo.—Si no dejas a ese caballero, gritó cansada la madre, te voy a meter por la puerta verde. Cesó la sordera, y el sordo corrió cuanto permitieron sus piernecitas, diciendo: No quiero, no quiero puerta verde.

Al siguiente día, acompañado de una de esas personas ilustradas, inteligentes, afectuosas y serviciales que se hallan dispuestas en cualquiera ocasión a auxiliar con cuanto son y cuanto valen al primero que se les acerca, y que si desgraciadamente en Madrid hay motivos para sospechar que no existen, afortunadamente abundan en las provincias, subí yo a la elevada colina donde se alza la Picota, deteniéndome a cada paso para recrear mis ojos con hermosos panoramas formados a una y otra orilla del Ebro por huertas y arboledas, llanuras y montañas. Echado sobre el aparejo de una caballería, al pié de un manzano, un mamón se desganaba llorando, mientras a poca distancia un hombre y una mujer cogían afanosos frutas y hortalizas. La mujer, después de agotar en vano el diccionario de las frases cariñosas, suspendió su faena y acalló al bebé ocupándole la boca con aquello que todas las madres consideran como el remedio mas eficaz contra los emperramientos de un angelito. Pero no era justo que semejante renacuajo recibiera sin advertencias el regalado manjar en premio de una rabieta, y con flujida severidad exclamó la mujer: Ahora té sales con la tuya; pero si vuelves a las andadas te meto por la puerta verde.

Era la segunda vez que oía hablar de la puerta verde, y no queriendo llegar a la tercera sin entender la frase, pregunté a mi acompañante el significado de dicha puerta, que por lo visto tenía derechos eventuales a la inscripción que en la del infierno puso el poeta florentino. Suprimiendo nombres y fechas, allá vá la historia, que parece cuento.

Enfermó un carpintero de Miranda y la enfermedad tomó tal vuelo, que el hombre se iba por la posta. Acercóse a su lecho un sacerdote con ánimo de prepararlo para recibir los auxilios de nuestra santa religión; el moribundo le rechazó tenazmente, y murió en estado de impenitencia, con gran dolor del sacerdote y grandísimo asombro de todo el pueblo, que no comprendía aquel despego al catolicismo, en quien siempre había merecido el mejor concepto religioso. La familia del muerto no logró que la Iglesia consintiese en dar sepultura al cadáver en el cementerio. Había en éste sitio separado para enterrar a los no católicos; pero las circunstancias reunidas de hallarse en el fondo del campo-santo y de no tener el recinto mas que una puerta, hacia que se considerase como una profanación el deseo natural de los afligidos parientes del carpintero. Acudieron al alcalde, y el alcalde dijo que el cura tenía razón en negar el paso de un réprobo por el lugar bendecido para última morada de los fieles; objetáronle que el muerto comenzaba a descomponerse y era urgente darle decorosa sepultura, y el alcalde dijo que también tenían razón, porque no se trataba de un perro.

El pueblo, como el alcalde, a fuer de católico rancio, defendía la determinación de la Iglesia; pero al mismo tiempo, como el alcalde también, defendía que aquellos restos humanos tenían derecho a la caridad y el respeto de los vivos. Así pasaron dos días. El conflicto aumentaba; la familia ponía el grito en el cielo; la ciencia advertió que el cuerpo exigía inmediata inhumación; el clero seguía inflexible; el jefe del municipio, temiendo que por un oído iba a escuchar algo feroz del gobernador de la provincia, y por el otro algo mas feroz todavía del prelado de la diócesis; la población entera presentaba tempestuosos síntomas de profundo malestar y descontento. Idas a la iglesia, venidas a las Casas consistoriales, cabildos, súplicas, amenazas, recomendaciones por acá, resistencias por allá, corrillos, proyectos, mucho movimiento, mucha curiosidad, mucha algazara... ¡y el muerto sin enterrar! Como última pincelada del cuadro, el lector puede suponer, si gusta, que ni faltó quien creyera que debía quemarse el cadáver del carpintero, dando al viento sus cenizas, ni quien pensara que todo podría remediarse encerrando a los sacerdotes en los templos y pegando a estos fuego por los cuatro costados. Afortunadamente, el alcalde cortó por lo sano, dió sus órdenes y comenzó a caminar hacia el cementerio. Le siguieron los menos asustadizos, con ramos de oliva en señal de paz; detrás llevaban al muerto, y cerraba la extraña procesion una de las músicas de Miranda. Otros habían acudido anticipadamente a la entrada del Camposanto, suponiendo que allí encontrarían al clero dispuesto a fulminar terrible excomunión, a la que seguiría sangrienta escaramuza. ¡Vana esperanza!

La procesion se corrió a lo largo de las tapias del cementerio, hasta llegar a un ángulo que correspondía al sitio destinado a los no católicos; abrieron un enorme agujero en la tapia, y por aquella tronera pasaron uno a uno, metiendo también al muerto, que pronto descansó en el seno de la madre tierra, sin haberse cometido profanación alguna, sin aporreaduras ni violencias y sin producir gérmenes de odios y discordias, siempre ocasionados a escenas de horror, pero mucho mas en las poblaciones de escaso vecindario. No tardó el obispo de Calahorra en pedir cuentas al alcalde: éste las dió, refiriendo sencillamente lo ocurrido, y nadie ha vuelto a ocuparse del asunto. El agujero se transformó en una portezuela, que mas adelante pintaron con el color de la esperanza. Sin embargo, la católica Miranda vé allí la entrada de la desesperación eterna, y las mirandesas no tienen hoy freno mas terrible para los chiquillos que la amenaza de meterlos por la puerta verde.

—Como Vd. vé, decía mi interlocutor, lo sucedido no merece que se gaste saliva en contarlo ni atención en oírlo.

Yo me sonreí, y ya entonces pensaba que tra-

tándose de un país donde somos aficionados a no hacer ni prever nada, ó a hacer y prever las cosas a medias, lo sucedido merecía llegar a conocimiento de todo el mundo. ¿Quién sabe si algún otro alcalde de algún otro punto tendrá alguna vez necesidad de plagiarse la escena del agujero, para ahorrarse enojosas cavilaciones, y, lo que es mejor, el peligro de cometer una alcaldada que desprestigie la institución de los municipios?

PEDRO MARÍA BARRERA

## La paz en el sol.

¿Qué español no habla de política? Ninguno. Así es que en cuanto dos de nuestros compatriotas se reúnen, la conversación recae, mas tarde ó mas temprano, sobre tan manoseado asunto. Esto nos sucede, hace pocos días, a unos cuantos amigos que, en agradable tertulia, hacíamos tiempo, como se dice por aquí, para ir a nuestras ocupaciones.

Uno de ellos, al querer definir las causas que motivaban nuestras continuas conmociones políticas, contó la siguiente anécdota, que interpretada despues por mí bajo una forma científica, ha producido este artículo.

En uno de esos tristes días en que los desolados de los gobiernos por una parte, y las impaciencias de sus adversarios por otra, lanzan al pueblo a vías de hecho, un hombre se dirigía a un pueblo cercano de una ciudad insurreccionada.

—¿Queréis saber, les respondió el recién venido, lo que hay ó lo que se ventila con las armas en la mano en la ciudad de donde vengo? Sí; me contestaron. Pues bien, voy a explicaros, en pocas palabras, la teoría en que se fundó este descubrimiento, conocido en la ciencia física moderna con el nombre de Análisis espectral.

¿Qué es el espectro luminoso? Todos lo conocéis. Veis esa corona de brillantes colores, llamada el arco iris, que despues de las tempestades se eleva desde el suelo hasta perderse en medio de las nubes? Pues esa banda, producida por la descomposición de la luz blanca del Sol al pasar al través de las gotas de agua, que bajan por el aire, es la representación de un espectro luminoso.

Ese espectro que con tan colosales dimensiones y con tan grandiosa belleza se dibuja en el cielo, puede ser reproducido por el hombre, siempre que necesite interrogarle para sus estudios. Le basta para ello cerrar herméticamente las ventanas de su habitación, abrir despues en las maderas un pequeño agujero y dejar penetrar por él un rayo de luz. Este, despues de iluminar en el aire, dibujará, ya sobre el suelo, ó ya sobre la pared, ó en una superficie cualquiera, una blanca y brillante imagen del Sol. Interponed ahora en su camino un prisma de cristal, y en el momento aparecerá en lugar del pequeño círculo luminoso, una banda adornada con los siete colores del arco iris, formando lo que en física se conoce propiamente con el nombre de espectro luminoso.

Sobre esta bella página ha escrito la naturaleza, con negros signos, la composición del Sol, que el hombre, despues de notables estudios ha aprendido a leer.

Para conseguirlo, cojed una lámpara de las llamadas de Bunsen, y quemad en ella gas del alambrado, activando su combustion por medio de una rápida corriente de aire, y haced pasar despues los rayos de esta luz al través de un prisma de cristal; al punto aparecerá un espectro luminoso; pero pálido y de casi apagadas tintas. Tomad luego un compuesto metálico de que forme parte aquel que se trató de ensayar, y quemadle en el interior de la llama. ¿Qué sucede entonces? vais a saberlo. Sobre la superficie del descolorido espectro, que hemos obtenido, brotarán como por encanto una serie de rayos de brillantes colores, caprichosamente colorados; pero características de cada metal. Basta encontrarlas en cualquier espectro para deducir inmediatamente, y sin género alguno de duda, que la luz que las produce proviene de la ciudad materia. Los físicos han encontrado para un gran número de cuerpos, la distribución topográfica de estas rayas. Para unos, como los llamados metales alcalinos, la cuestión ha sido muy fácil; por el contrario para otros, como el oro, la plata, etc., es muy difícil y complicada; pero a fuerza de trabajo y paciencia se ha resuelto el problema.

Suponed ahora que los rayos de luz, que se están estudiando, antes de pasar el prisma de cristal, atraviesan por una atmósfera caliente, y en la cual está voltado el metal de que se trata, ó un compuesto suyo; entonces, en lugar de las rayas de colores, aparecerán otras negras; pero ocupando exactamente las posiciones de las primeras. Al verlas, el físico deduce inmediatamente, no sólo la composición de la llama, sino la de la atmósfera que cruza la luz.

Ahora bien; ese astro, alrededor del cual gira todo nuestro sistema planetario, está formado de un inmenso globo en estado incandescente, rodeado de una atmósfera gaseosa, en la cual, a causa de la gran temperatura del núcleo, estarán voltadas todas las materias de que aquel se compone, ó por lo menos todas las que existiendo en el sol, son conocidas del hombre, por formar parte del mundo que éste habita.

Pues bien; si se comparan las rayas negras de que está lleno el espectro solar, que son las que producen los diversos metales, se verá cuáles de éstos entran en la composición del Sol y cuáles no. Pero hasta ahora, por mas esfuerzos que han hecho los físicos, no han podido encontrar las rayas características de la plata, del oro ni del plomo, y han deducido, por lo tanto, con gran probabilidad de acierto, que estos metales no se encuentran en el inmenso globo que forma el bello astro del día. Esta es, en pocas palabras, la idea general de la teoría llamada en física análisis espectral.

—Cuán engañado vive Vd! me dijo uno de mis amigos, apenas terminé mi ligera explicación. ¿Por qué? pregunté. Porque si en el Sol hay ó llega a haber, me respondió, hombres, ó por lo menos seres que tengan algo parecido al pobre corazón humano, que posean sus ardientes pasiones, sus ambiciones y deseos de dominio sobre los demás, siempre habrá guerras entre ellos. Si no es el oro el que motive su avaricia, será el cobre, y sino el estafío. Si no tienen plomo para disputarse las riquezas ó balazos, lo harán, como lo hacían nuestros antepasados, usando el hierro para darse muerte, ó a pedradas, en último resultado, si no tienen otro género de proyectiles. ¡En verdad! dije algo triste, al contemplar cómo se derrumbaba el bello castillo de cartitas que había levantado. Lo que hay, pues, que arruinar es si en ese bello astro, ó en los otros que cruzan nuestro cielo, hay hombres, no sé si hay, ó deja de haber, oro ó plata.

Fácil es averiguarlo, dijo otro de los que en la reunión había en tono de burla: basta saber cuáles son las rayas que dá la combustion del hombre. ¡Lástima que se haya suprimido los autos de fé, pues aprovechando la sagra del llama, se hubiera resuelto este problema!

—Están Vds. dibujando? dijo el que había contado la anécdota; pues no han comprendido Vds. lo que mi héroe quiso indicar. No es la lucha material del oro con el plom-

